

Galdón-López, G. (2019). *Infoética. El periodismo liberado de lo políticamente correcto*. CEU Ediciones.

José María Garrido-Bermúdez¹

Gabriel Galdón López es catedrático de Periodismo en la Universidad CEU San Pablo de Madrid. Antes ha trabajado como profesor Titular y decano en distintas universidades públicas y privadas. Su trayectoria académica comienza en los años 80 del siglo XX, investigando en el área de la documentación periodística, de la que fue pionero en España. Su interés por la mejora de la profesión periodística le ha llevado a analizar los fenómenos de la desinformación y la manipulación, así como a planear y promover una teoría de la información de cuño humanista. En los últimos años, tanto su docencia como su investigación han desembocado en los estudios sobre la información religiosa y, sobre todo, en la ética de la información, cuestión de la que trata precisamente este libro.

Para comenzar el análisis del libro es útil comenzar resaltando el subtítulo (“El periodismo liberado de lo políticamente correcto”), pues nos adelanta dos orientaciones de esta monografía. La primera es que el autor ha decidido centrarse, dentro del ámbito de la comunicación, en la parte informativa que compete al periodista. Por su formación personal, Galdón habla ante todo a periodistas y de periodismo, no de los otros tres ámbitos de la comunicación (audiovisual, publicidad, comunicación digital). No obstante, por la naturaleza misma del asunto que trata, buena parte de sus argumentos e ideas son aplicables al periodismo digital y, en gran medida a la dimensión informativa de las producciones audiovisuales y publicitarias.

La segunda indicación del subtítulo alude a un aspecto retórico del contenido. Se habla de un periodismo *liberado de lo políticamente correcto*, lo que significa, de entrada, un periodismo contracultural, pues hasta la fecha (no sabemos por cuánto tiempo), los medios generalistas en España no solo están sujetos al mandato social de lo políticamente correcto, sino que además actúan como agentes difusores de esa tendencia. Frente a esta circunstancia cultural, Galdón plantea un giro de casi 180° combinando la reflexión sobre la función social de los medios de comunicación y la valentía, ambas bañadas en una confianza (algunos dirán que es ingenuidad) asentada en la fe religiosa que proclama.

Liberar a los periodistas del precio de lo políticamente correcto sería, para Galdón, un requisito imprescindible del proyecto ético de renovación de los

medios. ¿Por qué? La respuesta puede encontrarse en la propia estructura del libro, pues las tres grandes secciones del texto se componen siguiendo la noción metafórica de la “mirada del periodista”, es decir, las posibles “miradas”, más o menos clarificadoras (y más o menos honradas) con que un informador aborda la realidad y la transmite. Para Galdón, el Periodismo es “una cuestión de miradas” de la inteligencia y del corazón (p. 13). Y resulta evidente que, por muy luminosa que sea la mirada, si a la hora de dar cuenta de lo observado, el mensaje se ve sujeto a una criba según las normas de la corrección política, el informador se verá con frecuencia obligado a ocultar o desdibujar aspectos importantes de la realidad. Es el precio que se paga para evitar herir los sentimientos (o la posición y hasta incluso los privilegios) de algunos.

Sin embargo, la corrección política es una tendencia asociada al multiculturalismo y a la revalorización de las minorías sociales que, un fenómeno reciente que no puede ser la causa principal de las deformaciones informativas. Para ver estas hay que ir más atrás y observar el origen mismo de la profesionalización periodística.

Siguiendo este criterio, Galdón considera que la miopía o la oscuridad de la mirada informativa se funda históricamente en la concepción teórica positivista (un cientifismo) del conocimiento, que influyó en el modo de concebir la misión informativa. Ha sido esta mentalidad positivista la que ha llevado a separar en la práctica del Periodismo dos elementos, por un lado, la supuesta narración objetiva, neutral y fáctica de la realidad, por otro, las condiciones subjetivas y la interpretación del periodista. Eso se tradujo en el deber aparente de transmitir los “hechos” como si fuesen ciencia, absolutamente deslindados de las “opiniones”.

En los primeros tres capítulos del libro, Galdón expone que esta cesura de hechos y opiniones ha sido una convicción arraigada en la prensa desde el siglo XIX, y que ha sido potenciada con el nacimiento de las agencias de prensa y con la estructura de la actualidad mediante la pirámide invertida. La misma convicción “objetivista” ha generado, además, la consecuente separación visual entre las secciones de “noticias” y “opinión” en la prensa generalista. Como advierte el autor, se trata de una división impostada,

¹ Universidad CEU San Pablo (España)
E-mail: jgbermudez@ceu.es

pues la mayoría de las noticias relevantes exigen una buena interpretación del informador y, a la inversa, las mejores opiniones requieren la remisión precisa a la realidad de los acontecimientos.

El “objetivismo” epistemológico ha sido “puerta y sustrato” (p. 104 y ss.) de los fenómenos de la manipulación y la desinformación. En la exposición de estos dos efectos perniciosos —cuyo tratamiento es fundamental en la ética periodística— se advierte que el autor ha desarrollado durante años su investigación en el terreno de la documentación y que, además, cuenta con una predilección por el humanismo clásico: apunta a las causas últimas de esos problemas combinando el estudio histórico de la práctica documental en el periodismo, con las referencias a la antropología filosófica y a la teoría del conocimiento. Ciertamente, Galdón no hace un análisis filosófico pormenorizado ni sistemático de las causas —pues no es ese el objetivo de su trabajo—, pero señala con acierto los condicionamientos del relativismo moral y gnoseológico, del positivismo científico, la superficialidad, la parcialidad y, sobre todo, la falta de reflexión y de prudencia que son, a menudo, defectos casi estructurales de la práctica informativa, por lo general sometida a la urgencia y al “presentismo” (pp. 55-56).

Si los primeros capítulos son crítica negativa de errores, *pars destruens*, ante una praxis deformada, a partir del cuarto y hasta el noveno se va corrigiendo la miopía y clarificando la mirada. Pero el proceso “purificador” solo se queda a medias, según Galdón, en los intentos históricos de mejora que han supuesto (capítulo 4) el periodismo interpretativo, el periodismo de precisión y el de investigación, la corriente del Nuevo Periodismo en Estados Unidos y otros periodismos, como el periodismo cívico, el de datos o el llamado Periodismo 3.0. Piensa Galdón que este último, en concreto, rara vez merece el nombre de periodismo, y los demás son versiones más o menos logradas, que sin embargo están lastradas con el defecto de haber seguido creciendo en el humus del periodismo objetivista.

Quizás hubiera sido conveniente en el libro una justificación ejemplificada de por qué cada una de estas nuevas formas de hacer periodismo no alcanzan la claridad necesaria, pues, ¿no es verdad que la práctica informativa es una labor prudencial y no una ciencia exacta (bien lo sostiene Galdón), y hay abundantes ejemplos de buen periodismo en todas las versiones de su desarrollo? De hecho, el autor afirma que el periodismo interpretativo, por ejemplo, es un “buen hallazgo práctico”, pero “frenado y deslucido” por los prejuicios objetivistas de los teóricos (cfr. p. 145).

Galdón no abunda más en los errores, porque le interesa ante todo la parte propositiva o constructiva, que desarrolla en las partes 2 y 3 del libro. Antes de entrar en estas, no obstante, advierto que, a mi juicio, los análisis de la desinformación y manipulación de la primera parte (caps. 2 y 3, que tienen su réplica natural en positivo en los capítulos 7 y 8) mejorarían

si hubieran sido más concisos en su conjunto, y también hubieran ganado actualidad e interés si hubiesen incluido menos referencias a la práctica periodística de los orígenes y, en cambio, más análisis de problemas éticos contemporáneos. En el conjunto de libro, Galdón se sirve, con razón, de una parte de su producción científica sobre documentación, de los años ochenta y noventa del siglo pasado. Pero es evidente que las formas (no el fondo) en que las ficciones y las falsedades aparentan ser verdad están mucho más generalizadas hoy y, de igual modo, han proliferado los recursos de acceso y verificación de informaciones gracias a internet.

No obstante, como decía, la finalidad del libro de Galdón se concentra en las partes 2 y 3, que son una propuesta práctica con una doble dimensión, formativa y transformante, pensada para el ámbito académico universitario y para la profesión periodística. La segunda parte sugiere, como punto de partida, un retorno a la sabiduría clásica que cambie la mirada sistémica objetivista que domina toda la cultura “en el que el Periodismo es un importante elemento, [y que] adolece fundamentalmente de la búsqueda de la verdad liberadora y del propio sentido humano trascendente, sustituyéndolo por sucedáneos...”.

En la reconstrucción de la mirada que permite un comportamiento ético, Galdón opera en dos capas: la primera reconstrucción deseable, más interior y básica, es nuestra cosmovisión cultural posmoderna; frente a ella sugiere enriquecernos con la lectura reflexiva de los clásicos y avalora explícitamente algunas ideas de Chesterton, y de los pontificados de Juan Pablo II y Benedicto XVI. Los tres autores coinciden en un análisis no relativista de la verdad (sin los bienes de la verdad no hay periodismo) y en el deseo de una cultura vinculada al humanismo cristiano. La segunda capa sería la profesional, y el autor la compone con “seis miradas” que buscan la excelencia en la profesión informativa; se refiere, por un lado, a tres periodistas destacables en su trabajo (Modesto Sánchez Ostiz, Luka Brajnovic y Ryszard Kapucinsky) y, por otro, a tres personas que han reflexionado sobre la tarea de los medios de comunicación desde una visión cristiana del hombre y de la sociedad: los tres últimos papas.

Con esta selección de autores y textos, Galdón prepara sus reflexiones sobre la naturaleza ética del periodismo (capítulo 6) y, en realidad, sobre el conjunto del libro, cuya tesis más fuerte se podría resumir en un silogismo simple de dos premisas y una inferencia: la primera premisa es que solo desde una verdad plena sobre el hombre y la sociedad es posible que los periodistas acierten a promover el bien común que desarrollan con su profesión; la segunda es que la plenitud de la verdad sobre el hombre y la sociedad está revelada en el cristianismo y, por tanto, la conclusión a que se llega es que, en rigor, no cabe una ética periodística cabal fuera de la visión cristiana, más aún no cabe que sea íntegra si no tiene en cuenta la doctrina social de la Iglesia.

Solo un intelectual católico con fe puede *aceptar como verdaderas* estas tesis. No basta la inteligencia natural para afirmarlas, porque no son enunciados evidentes en sí mismos y, además, porque la segunda premisa y la conclusión son ideas de carácter estrictamente “revelado” (sobrenatural), que superan el simple uso de la razón. Es posible entenderlas en su sintaxis lógica y no poder llegar a aceptar plenamente su contenido semántico; sin fe es posible decir que son racionales, pero no se puede decir que son razonables. Por esto mismo, pienso que el conjunto del texto de Galdón solo será bienvenido desde ciertos ámbitos culturales católicos, y ni siquiera desde todos ellos.

¿Por qué ni siquiera desde todos? Porque el “periodismo de matriz católica” que persigue Galdón, tal como expone en el capítulo 9, incluye a su vez una aplicación particular, legítima y opinable, no excluyente, acerca de tesis generales del magisterio católico sobre los medios de comunicación. Hay verdades más claras y fundamentales de la ética del Periodismo que, por lo general, se derivan directamente de los discursos sobre las virtudes morales, comunes a la tradición griega clásica y a la tradición judeo-cristiana. Pero otras pautas de la práctica ética del periodismo son interpretaciones más personales de Galdón. En todo caso, la reconversión del Periodismo a la que llama el autor es “una aventura quijotesca apasionante” (p. 291), una Dulcinea soñada y buscada que merece discusión en el mundo profesional y universitario. Es un ideal quijotesco querido por Galdón, que el periodista católico sea moralmente íntegro, ame la verdad, y viva en coherencia con su fe (quizás, si el periodista no fuera católico, bastaría con pedirle todo menos lo tercero, que no es poco).

Hasta aquí, cualquier católico coherente asentiría con el autor. En cambio, la parte más interpretativa de Galdón es la lectura que hace de las “minorías creativas” de las que habló Benedicto XVI en su pontificado. Benedicto XVI se refería a la influencia benéfica de las minorías católicas en diversos lugares y

tiempos en la sociedad postcristiana. Algunos, como Rob Dreher en su obra *La opción benedictina*, han interpretado estas ideas para el conjunto de la cultura, siguiendo la advertencia de A. MacIntyre en *Tras la virtud*, y Galdón, *mutatis mutandis*, propugna crear “medios de comunicación católicos” que transformen las pautas de conducta de la profesión periodística.

Esas minorías serían comunidades creativas-informativas, con voluntad de ser pequeñas, que “han abandonado los falsos postulados, las estructuras organizativas y redaccionales” y, en general, los condicionamientos del objetivismo, para pasar a regirse por un “decálogo” de criterios operativos que aseguran su identidad católica (pp. 305-314). Este mismo decálogo habría de servir también —propone Galdón—, para realizar una “auditoría” tanto de los medios de comunicación que hoy se dicen católicos y han de afinar en su identidad, como de las facultades de Comunicación de universidades con esta misma inspiración.

Pero, sin salir del paradigma católico en que se mueve nuestro autor, cabe preguntarse: ¿no tiene nada que hacer un periodista católico en otros medios de comunicación, que son la gran mayoría? ¿Debería el buen periodista y buen católico abandonar “las estructuras organizativas y redaccionales” vigentes sin inspiración católica para formar un nuevo medio de comunicación de minorías? Galdón no responde directamente a esto, pero su carácter personal inconformista y la lectura de su libro apuntan en último término hacia un modo “católico” de ejercer el periodismo con integridad que se sale de lo hecho hasta ahora mayoritariamente. Si no, no hablaría de minorías. Esta propuesta final (me refiero a la de las comunidades informativas católicas) plantea interrogantes serios sobre la libertad profesional y sobre la inspiración cristiana de la comunicación y la cultura que pueden muy bien interesar a periodistas y a los teóricos de la comunicación. Si hay debate sobre la cuestión, el libro tendrá que estar encima de la mesa.